

Risa en la oscuridad (Cámara oscura)

VLADIMIR NABOKOV

Traducción del inglés de ANTONIO SAMONS

1

Érase una vez un hombre que se llamaba Albinus y vivía en Berlín, Alemania. Era rico, respetable, feliz. Pero un día abandonó a su esposa por causa de una amante joven; amó, no fue amado, y su vida acabó en el desastre.

Ésta es toda la historia, y en eso podríamos haberla dejado de no reportarnos provecho y placer el relatarla; y aunque hay suficiente espacio en una lápida para verter, sintetizada y encuadrada en musgo, la glosa de la vida de un hombre, a todo el mundo le gusta conocer pormenores.

Y dícese que una noche entre las noches, Albinus concibió una idea feliz. Ciertamente que no le pertenecía del todo, pues se la sugirió una frase de Conrad (no del famoso polaco a quien todos conocemos, sino de Udo Conrad, el autor de las *Memorias de un hombre desmemoriado* y de aquella otra acerca del viejo mago que se hizo desaparecer a sí mismo en su sesión de despedida). En cualquier caso, Albinus hizo suya la idea, gustando de ella, jugando con ella y dejando que se desarrollase en su interior, cosa bastante para conferirnos derecho a la propiedad legal en la ciudad libre del pensamiento. Como crítico de arte y experto en pintura, a menudo hallaba diversión en atribuir a este o aquel viejo maestro paisajes y rostros que él, Albinus, encontraba en la vida real. Esto trocaba su existencia en bella pinacoteca, atestada de deliciosas falsificaciones. Una noche, mientras concedía unas vacaciones a su erudito cerebro escribiendo un pequeño ensayo (nada brillante, desde luego, pues no era un hombre de dotes excepcionales) sobre el arte del cine, le llegó la hermosa idea.

Estaba relacionada con los dibujos en colores animados, que acababan de aparecer en aquella época. «¡Qué fascinante sería —pensó— poder reproducir en vívidos colores algún cuadro famoso, con preferencia de la Escuela Holandesa, y darle vida, llevándolo a la pantalla e imprimirle movimientos y gestos en completa armonía con su inmovilidad! Por ejemplo, una cervecería, con unas pocas gentes junto a mesas de madera bebiendo en abundancia, desde la que se viese un retazo de patio soleado y enjaezados caballos. De pronto, todo cobra vida: aquel hombre pequeño vestido de rojo deposita su bock sobre la mesa, se libera la muchacha de la bandeja de su estática postura, y picotea la gallina el suelo, en el umbral. Luego, podría hacerse que las diminutas figuras salieran de la taberna y se pasearan por un paisaje del mismo pintor, que mostrara, acaso, un cielo pardo y un canal neiado, donde gentes, con aquellos curiosos patines que se usaban en otros tiempos, deslizándose, trazaran las anticuadas espirales esbozadas en el cuadro; o un camino húmedo, bajo la niebla, y dos jinetes recorriéndolo. Por último, todos regresarían a la taberna y,

poco a poco, imágenes y luces cobrando su orden primitivo, colocándose en su sitio, para completar toda la escena con el primer cuadro. Podría también probarse con los maestros italianos: el cono azul de una colina que asoma en la distancia, un blanco camino serpenteante, pequeños peregrinos ascendiendo a todo lo largo... E incluso quizá temas religiosos, pero sólo aquellos de figuras menores. Y el dibujante habría de poseer un profundo conocimiento del pintor de que se tratase y de su época, y, además, estar dotado del talento suficiente para no incurrir en ninguna inconcordancia entre los movimientos que reprodujera y los plasmados por el viejo maestro: tendría que extraerlos del mismo cuadro... ¡Oh, si pudiera realizarse! Y los colores..., los colores serían, de fijo, mucho más atractivos que los de los dibujos animados... ¡Qué cuento podría hacerse! ¡El cuento vislumbrado por un artista, el feliz viaje del ojo y del pincel, el mismo del pintor escogido, pero vivificado con los tintes que él, Albinus, había descubierto!»

Pasado un tiempo, dio la casualidad de que hablase de su idea a un productor cinematográfico, pero éste no se mostró seducido en lo más mínimo. Dijo que aquello implicaba un minucioso trabajo, que requería nuevos perfeccionamientos del método de animación y que costaría una verdadera fortuna; dijo, también, que un filme de tal envergadura, debido a sus difíciles dibujos, no podría durar, en buena ley, más que unos pocos minutos y, aun así, aburriría a la gente lo indecible, causando general descontento.

Albinus habló con otro hombre de cine. También acogió la proposición con mucha tibieza.

—Podríamos empezar con algo simple —exclamó Albinus—: una vidriera de colores que cobrara vida, motivos animados de heráldica, uno o dos santitos...

—Me temo que no sirve; no podemos arriesgarnos con películas de fantasía.

Pero Albinus siguió aferrado a su idea. Por último, le hablaron de un tipo inteligente, Axel Rex, que tenía una mano maravillosa para el dibujo animado (por cierto, había ilustrado un cuento persa de hadas que hizo las delicias de los exquisitos de París, arruinando al hombre que financió la aventura). Albinus trató de verle, enterándose, no obstante, de que Rex acababa de marchar a los Estados Unidos, donde hacía dibujos para un periódico ilustrado. Después de un cierto tiempo, logró entrar en contacto con él, y Rex pareció interesarse.

Un determinado día de marzo, Albinus recibió una carta del artista, pero el hecho coincidió con una crisis súbita de su vida privada —muy privada—, de forma que la bella idea, que en otras circunstancias acaso hubiera prosperado, al hallar un muro en que enraizarse y florecer, se agostó, marchitándose, en el curso de la última semana.

Rex le escribió que era inútil seguir tratando de atraerse a la gente de Hollywood y añadía, con frialdad, que, siendo Albinus un hombre de medios, se financiara su idea, caso en el cual él, Rex, aceptaría unos honorarios de tanto (suma sobrecogedora), pagaderos en su mitad por anticipado, por dibujar una película sobre un tema de Breughel —los «Proverbios», por ejemplo—, o cualquier otra cosa que gustara encargarle.

—En tu lugar —indicó Paul, cuñado de Albinus, hombre fornido y bondadoso de cuyo bolsillo emergían los sujetadores de dos lápices y dos plumas—, no vacilaría

en aceptar. Las películas ordinarias cuestan más; quiero decir, esas con guerras y edificios que se vienen abajo.

—Sí, pero con ésas recuperas todo lo invertido, y yo no lo recuperaría —objetó Albinus.

—Me parece recordar —dijo el otro, chupando su cigarro puro (estaban acabando de cenar)— que te proponías sacrificar una suma considerable, no menor que la que te pide ese americano. Entonces, ¿qué diablos pasa? No pareces tan entusiasmado como hace unos días. No irás a desechar la idea, ¿verdad?

—Pues no sé qué decirte. Es el aspecto práctico el que más me fastidia; por lo demás, la idea sigue gustándome.

—¿Qué idea? —preguntó Elisabeth.

Era uno de sus pequeños hábitos: hacer preguntas sobre temas discutidos ya exhaustivamente en su presencia. Esto se debía a su nerviosismo y no a torpeza o falta de atención; y en la mayor parte de los casos, antes de concluir su pregunta, recordaba, apurada, que conocía la respuesta desde el principio. A su esposo, sabedor de esta pequeña manía suya, nunca le molestó. Por el contrario, se mostraba sorprendido y divertido. Ante uno de estos casos, solía seguir hablando, constándole que Elisabeth contestaría por sí misma a su pregunta, más tarde. Pero en este particular día de marzo, Albinus se hallaba en un estado tal de irritación, caos y abatimiento que, súbitamente, sus nervios se negaron a resistir.

—¡Qué! ¿Estás en la luna? —preguntó con aspereza.

Su esposa se miró las uñas, diciendo en tono conciliador:

—¡Oh, sí! Ahora lo recuerdo.

Entonces, volviéndose a la pequeña Irma, niña de ocho años que se dedicaba a devorar sin demasiado esmero una taza llena hasta los bordes de crema de chocolate, exclamó:

—No tan rápido, querida; no tan rápido, por favor.

—Yo considero —empezó a decir Paul, aplicando de nuevo el cigarro a su boca— que todo nuevo invento...

Albinus, devorado por sus extrañas emociones, pensaba:

«¡Qué demonios me importan a mí ese tipo Rex, esta conversación imbécil, esta crema de chocolate...! Me estoy volviendo loco y nadie lo sabe. Y no puedo detenerme; es inútil intentarlo. Y mañana volveré allí, y me quedaré sentado como un idiota, en aquella oscuridad... Es increíble.»

Ciertamente, era increíble; tanto más cuanto en los nueve años de su vida de casado se había reprimido, y nunca, nunca...

«Por supuesto —pensó—, habría de decírselo a Elisabeth; o marcharme fuera con ella; o visitar a un psiquiatra; o, si no...»

No, no se puede coger una pistola y pegarle un tiro a una muchacha a quien ni siquiera se conoce, por el simple hecho de que nos atraiga.

2

Albinus no había sido nunca muy afortunado en las cosas del corazón. Aunque era bien parecido, no lograba sacar ningún partido de su atractivo sobre las mujeres —

pues, decididamente, algo muy seductor irradiaba de su agradable sonrisa y de sus dulces ojos azules, un poco saltones, cuando meditaba intensamente (y, como quiera que su cerebro era más bien lento, esto ocurría con mayor frecuencia de lo debido)—. Buen conversador, pecaba tan sólo de ese ligero titubeo de habla, apenas un balbuceo, que presta renovado encanto a la frase más desabrida. Y, lo que es más (vivía en un mundo germano muy etiquetero), su padre le dejó una fortuna sólidamente invertida; a pesar de todo ello, lo romántico le jugaba la treta de hacerlo vulgar siempre que aparecía en su vida.

En sus días escolares tuvo una tediosa *liaison*, de las que entran en la categoría de los pesos pesados, con una dama triste y madura que, más tarde, durante la guerra, le envió calcetines bermejos, ropas interiores de lana que le hacían cosquillas sobre la piel y enormes cartas apasionadas, escritas a toda velocidad con letra salvaje y criptográfica, en papel de pergamino. Luego, aquella aventura con la esposa del Herr Profesor, a quien encontrara en el Rin; la infiel era bonita, si se la miraba desde cierto ángulo y bajo cierta luz, pero resultaba tan fría y modesta que no tardó en abandonarla. Y, por último, en Berlín, inmediatamente antes de su matrimonio, trabó amistad con una mujer delgada y sombría, que le visitaba todos los sábados por la noche, y solía relatarle todo su pasado detalladamente, repitiendo la misma condenada cosa, una y otra vez, suspirando aburridamente en sus brazos y redondeando cuanto dijera con la única frase francesa que conocía: *C'est la vie*. Desatinos tanteos, contratiempos... Sin duda alguna, su Cupido era zurdo, mentecato y castrado de imaginación. Y, fuera de estos febles romances, cientos de muchachas que ocuparon sus sueños, pero a quienes jamás logró conocer; no habían hecho sino cruzarse con él, dejando, con su paso, durante uno o dos días, ese desesperado sentimiento de frustración que hace de la belleza lo que es: un remoto árbol célibe destacado contra áureos cielos; las ondas de luz reflejadas en los arcos de un puente; una cosa imposible de capturar...

Si bien amaba a Elisabeth en un cierto sentido, su esposa no supo nunca satisfacer aquel ansia que él había anhelado hasta el dolor. Elisabeth, hija de un renombrado empresario teatral, era una muchacha cimbrenña, cansina, rubia, dotada de ojos transparentes y patéticos barrillos que asomaban justamente por encima de esa clase de diminutas narices que las novelistas inglesas llaman «*retrousée*» (nótese la segunda «e», añadida por una razón de seguridad).

En su piel delicada, el más leve toque dejaba una mancha renegrida, que tardaba en desvanecerse.

Se casó con ella sencillamente porque sí. Un viaje a las montañas en su compañía, amén de su grueso hermano y una prima notablemente atlética que, a Dios gracias, acabó por dislocarse el tobillo en Pontresina, fueron los principales promotores de su unión. Había algo tan delicado, tan airoso en Elisabeth, y su risa era hasta tal punto sana... Se casaron en Munich, a fin de escapar del agobio de sus muchas relaciones berlinesas. Los castaños se hallaban en plena florecencia. Perdieron una pitillera de oro, joya de familia, en un jardín ya olvidado. Uno de los camareros del hotel sabía hablar siete idiomas. Elisabeth resultó tener una pequeña y tierna cicatriz, fruto de la apendicitis.

Ella era un alma de Dios, afectuosa, dócil y gentil. Su amor era un amor de lirio; pero alguna que otra vez se inflamaba y, en estas ocasiones, Albinus concebía la engañosa idea de el amor.

Cuando Elisabeth quedó embarazada, sus ojos cobraron una vacua expresión de contento, como si estuviera admirando aquel nuevo mundo intestinal suyo; su andar descuidado trocóse en otro alerta, medido, como si se dedicara a devorar puñados de nieve recogidos precipitadamente del suelo, cuando no la veía nadie. Albinus hizo cuanto pudo por cuidarla; la llevó a dar largos y despaciosos paseos; se encargaba de que su esposa se acostase temprano, y cuidaba, cuando Elisabeth se movía por la habitación, que no tropezase con los salientes de algún mueble; pero, por la noche, sus sueños le enfrentaban a una muchacha que yacía, desperezándose, en una cálida playa solitaria, y, en esos sueños, le acometía un repentino temor de ser sorprendido por su esposa.

Por la mañana, Elisabeth consideraba su cuerpo flácido ante el espejo del armario y esbozaba una sonrisa, satisfecha y misteriosa. Un día se la llevaron a una clínica y Albinus vivió tres semanas solo. No sabía qué hacer consigo mismo; bebió una buena cantidad de coñac y se torturó con dos pensamientos oscuros, de clase distinta. El primero era que su esposa podía morir, y el otro que, de tener sólo un poco más de valor, podría encontrar a alguna mujercita cariñosa y volverse con ella a su alcoba vacía.

¿Llegaría a nacer el niño? Albinus recorría en todas direcciones la galería encalada y esmaltada de blanco, en cuyo extremo, al final de unas escaleras, estaba aquella palmera de pesadilla. Odiaba la palmera; odiaba la desesperante blancura del lugar y las *nurses* del hospital, de rojos carrillos y cofias blancas, que, deslizándose, trataban de sacarle de allí. Por último, el cirujano asistente apareció y dijo téticamente:

—Bueno, se acabó todo.

Los ojos de Albinus vislumbraron como una oscura y fina lluvia, igual a la de una película muy antigua (una del año 1910 que representaba una animada y espasmódica procesión funeraria, las piernas de cuyos componentes se movían con excesiva rapidez). Entró en la habitación. Elisabeth había dado felizmente a luz una niña.

Al principio, ésta ofrecía el aspecto rojo y arrugado de un balón de juguete en decadencia. Sin embargo, su cara no tardó en rellenarse, y, doce meses más tarde, empezó a hablar. A la edad de ocho años era mucho menos expresiva, pues había heredado la naturaleza reservada de su madre. Su alegría era también, como la de Elisabeth, singularmente discreta.

Y a través de todos estos años, Albinus permaneció fiel, mientras la dualidad de sus sentimientos le intrigaba lo increíble. Sabía que amaba a su esposa sincera, tiernamente —tanto, en realidad, como fuese capaz de amar cualquier ser humano—, y se mostraba con ella absolutamente franco en todo, salvo en lo concerniente a aquel absurdo reconcomio, aquel sueño, aquella lascivia que estaba practicando una grieta en su vida. Elisabeth leía todas sus cartas, las que recibía y las que él redactaba; le gustaba conocer los detalles de sus negocios, en especial los vinculados a su comercio de viejos y sombríos cuadros. Habían hecno algunos

viajes encantadores al extranjero y pasado muchas veladas bellamente apacibles en su hogar, ocasiones éstas en que ambos se sentaban en el balcón, dominando desde la altura las calles azules, con sus cables y chimeneas dibujados en tinta china sobre el crepúsculo. Albinus concluyó que era feliz, que esta felicidad excedía sus merecimientos.

Una noche (siete días antes de la charla acerca de Axel Rex), Albinus advirtió, al dirigirse a un café donde había concertado una cita de negocios, que su reloj había enloquecido (por lo demás, no era aquélla la primera vez que ocurría) y que contaba con toda una hora, dádiva que usar de una u otra forma. Por supuesto, era absurdo regresar a casa, al otro extremo de la ciudad; tampoco se sentía con ganas para sentarse y esperar. Caminando sin rumbo llegó a un pequeño cinema, cuyas luces proyectaban un resplandor escarlata sobre la nieve. Dirigió una mirada al cartel, que mostraba un hombre contemplando una ventana en la que aparecía una niña en camisa de dormir, y, después de un titubeo, compró una entrada.

Apenas se había internado en la oscuridad de terciopelo cuando el haz de luz oval de una linterna eléctrica brilló en dirección a él (como suele ocurrir), y no menos suave y ligeramente le condujo a lo largo del fosco pasillo, extendido en suave desnivel. En el momento en que la luz lamió el boleto que llevaba en la mano, Albinus distinguió vagamente la inclinada cara de la muchacha, y luego, al acomodarse, su figura tenue y la serena ligereza de sus movimientos desapasionados. Al alejarse la luz, casualmente iluminado por esta, captó el límpido brillo de un ojo de la muchacha y el perfil difuminado de una mejilla, que parecía pintada por un gran artista, contra un rico segundo plano oscuro. No había nada fuera de lo corriente en todo esto; cosas por el estilo le habían ocurrido con anterioridad, y le constaba que no era juicioso esperar nada de ellas. Ella se alejó, perdiéndose en la oscuridad, y él se sintió de pronto aburrido y triste. Había entrado al final de la película: una joven reculaba por entre muebles derribados ante un hombre enmascarado que la seguía con una pistola. No tenía ningún interés en observar hechos que le eran incomprensibles.

En el entreacto, no bien fueron encendidas las luces, la advirtió de nuevo: se hallaba en pie, en la entrada, junto a la horrible cortina púrpura que acababa de correr a un lado; los que salían se mezclaban a lo lejos. Ella mantenía una mano en el bolsillo de su corto delantal bordado, y su bata negra se adhería muy tensa a sus brazos y senos. Albinus la miró a la cara, casi asustado. Era una cara pálida, sombría, dolorosamente bella. Pensó que podía tener alrededor de dieciocho años.

Luego, vació ya casi el local y cuando nuevos espectadores empezaron a repartirse a lo largo de las filas de butacas, la muchacha fue de un lado a otro, algunas veces muy próxima a él; pero Albinus volvió la cabeza porque le hería mirarla y porque no dejaba de pensar en las muchas veces que la belleza —o lo que él llamaba belleza— había pasado junto a él, desvaneciéndose.

Durante otra media hora estuvo sentado en la oscuridad, sus prominentes ojos fijos en la pantalla. Luego se levantó y remontó el pasillo. Ella apartó la cortina a su paso, produciendo un leve repique de argollas de madera.

«De todos modos, volveré otra vez», pensó Albinus en su desventura.

Creyó ver que los labios de la muchacha se fruncían un poco antes de dejar caer la cortina.

Se encontró en un charco de sangre roja; la nieve se estaba fundiendo, la noche era húmeda y los rápidos colores de las luces callejeras corrían y se disolvían todos. «Argus», buen nombre aquél para un cine.

Tres días después no había logrado olvidar a la muchacha.

Al entrar de nuevo en el local se sintió ridículamente excitado. Todo ocurrió exactamente como la primera vez: la resbaladiza luz de la linterna, los ojos selénicos, el rápido recorrido en la oscuridad, el lindo movimiento de su brazo de negras mangas al correr a un lado la cortina. «Cualquier hombre normal sabría qué hacer», pensó Albinus. Un coche corría calle abajo, con metálicas sacudidas.

Al marcharse trató de buscar su mirada, pero no tuvo éxito. Caía un firme aguacero y el asfalto desprendía un resplandor carmesí.

De no haber ido allí aquella segunda vez, acaso hubiera podido olvidar esta aventura fantasmagórica, pero era ya demasiado tarde. Acudió una tercera vez, firmemente resuelto a sonreír a la muchacha —y ¡qué desesperado intento hubiera sido aquél, de haberlo llegado a realizar!— Pero su corazón batió de tal forma que perdió su oportunidad.

Y al día siguiente cenó con Paul, discutieron el asunto de Rex, la pequeña Irma engulló su crema de chocolate y Elisabeth formuló sus preguntas habituales.

—¡Qué! ¿Estás en la luna? —preguntó él, tratando más tarde de compensar esta falta de amabilidad con una risita retrasada.

Después de la cena se sentó al lado de su esposa en el amplio sofá y le dispensó menudos besos mientras ella miraba vestidos y cosas en una revista femenina. De una forma opaca se dijo a sí mismo:

«¡Qué diantres! Soy feliz. ¿Qué más quiero? Esa criatura deslizándose en la oscuridad... Como para estrujar su hermosa garganta. En fin, de todas formas está muerta, porque no volveré más allí.»

3

Se llamaba Margot Peters. Su padre, portero de una casa, había quedado muy mal a raíz de la explosión de una bomba. Su cabeza gris temblaba sin cesar en confirmación de agravio y congoja. Su madre, joven todavía, estaba también bastante estropeada; era una mujer grosera e insensible cuya roja palma no se levantaba sino para dar golpes. Su cabeza aparecía por lo general envuelta en un pañuelo para proteger el cabello del polvo, durante el trabajo, pero después de su gran limpieza del sábado, en la que se ayudaba con un aspirador ingeniosamente conectado al montacargas, se vestía e iba de visitas. Esta mujer no tenía simpatías entre los vecinos debido a su insolencia y a su forma grosera de ordenar a la gente que se limpiara los pies en el felpudo. La escalera era el mayor ídolo de su existencia, no como símbolo de gloriosa ascensión, sino como algo que debía mantenerse amorosamente pulido, de forma que su peor pesadilla (cuando tomaba una dosis excesiva de patatas y *sauerkraut*) era ver un tramo manchado por el negro

rastro de una bota, a derecha e izquierda. Una pobre mujer, en realidad, a la que no había que hacer objeto de burla.

Otto, el hermano de Margot, tenía tres años más que ella. Trabajaba en una fábrica de bicicletas, aborrecía el tímido republicanismismo de su padre, surgía en las discusiones políticas de la taberna del barrio y descargaba su puño contra la mesa, para declarar:

—Lo primero que tiene que tener un hombre es la barriga llena.

Era su principio básico, muy sano por cierto.

De niña, Margot fue a la escuela, y allí le tiraron de las orejas con menos frecuencia que en su casa. El movimiento instintivo de una gata es un suave y repentino salto que suele repetirse en serie; el de ella era alzar rápidamente el codo para protegerse el rostro. A pesar de ello, creció y convirtióse en una muchacha brillante y vivaz. Cuando no contaba más que ocho años, se unía con auténtica afición a los ensordecedores y denodados partidos de fútbol que los escolares organizaban en mitad de la calle, valiéndose de una pelota de goma del tamaño de una naranja. A los diez, aprendió a montar en la bicicleta de su hermano. Con los brazos desnudos y sus negras trenzas al aire, recorría la calle en ambas direcciones como un rayo, deteniéndose luego, pensativa, con un pie apoyado en el bordillo. Al cumplir los doce, se tornó menos estrepitosa. Nada le causaba entonces más placer que quedarse en la puerta, charlando a media voz con la hija del carbonero, intercambiando opiniones sobre las mujeres que visitaban a uno de los inquilinos y haciendo comentarios sobre los sombreros que pasaban ante ellas. Una vez encontró en la escalera una vieja bolsa de mano que contenía una pequeña pastilla de jabón de almendra con un delgado y curvo pelo adherido a ella, y media docena de fotos muy raras. En otra ocasión, el muchacho pelirrojo que siempre solía echársele encima cuando jugaba, la besó en la nuca. Más tarde, una noche, tuvo un ataque de histeria, por lo cual recibió un concienzudo baño de agua fría seguido de una buena azotaina.

Transcurrido un año era notablemente bonita, llevaba una corta bata roja y vivía loca por las películas. Más tarde recordó este período de su vida con un sentimiento de opresión: las noches livianas, calmas, apacibles. El sonido de las tiendas a la hora del cierre; su padre, sentado a horcajadas en una silla, a la puerta de la casa, fumando su pipa y sacudiendo la cabeza; su madre, plantada en jarras; la planta de lilas que se doblaba sobre la baranda; Frau Von Brock volviendo a casa, con sus compras en una bolsa de cuerdas de color verde; Martha, la criada, esperando cruzar la calle con el galgo y los dos *terriers* de pelo erizado... Anochecía más. Su hermano regresaba con un par de fornidos compañeros que la rodeaban y se le echaban encima, pellizcándole los brazos desnudos. Los ojos de uno de ellos se parecían a los de Veidt, el actor de cine. La calle, con los últimos pisos de sus casas bañados aún en una luz amarilla, se quedaba muy silenciosa. Tan sólo, del otro lado, llegaban, audibles, las risotadas y los porrazos de dos calvos que jugaban a las cartas, sentados en un balcón.

Cuando apenas había cumplido los dieciséis años hizo amistad con la muchacha que despachaba tras el mostrador de una pequeña papelería de la esquina. La hermana menor de aquella muchacha ganaba ya un buen sueldo trabajando como

modelo de un artista. Por tanto, Margot soñó en llegar a modelo, y, luego, actriz de cine. Esta transición se le antojaba una cosa de lo más simple: allí estaba el cielo esperando su estrella. Aproximadamente en la misma época aprendió a bailar, y, de vez en cuando, asistía con su amiga al baile «El Paraíso», donde hombres maduros le hicieron proposiciones extremadamente francas, al son del bombo y los platillos del jazz band.

Un día, mientras esperaba en una calle, se le acercó un tipo montado en una motocicleta roja a quien ya había visto una o dos veces, para sugerirle que dieran un paseo. El motorista tenía el cabello blanco, peinado hacia atrás, y la camisa muy arrugada en la espalda, llena aún del aire que había tomado en su carrera. Margot sonrió, montó detrás de él, se compuso la falda y un minuto más tarde viajaban a una velocidad terrorífica, mientras la corbata del chico volaba ante su cara. Su galán la llevó fuera de la ciudad y allí se detuvo. Era un atardecer soleado, y un pequeño grupo de libélulas hendía el aire. Todo estaba tranquilo, con la quietud del pino y del brezo. Se sentaron juntos, al borde de una zanja, y él refirió cómo el año anterior se había plantado en España así, por las buenas. Luego, pasándole el brazo por los hombros, la abrazó, empezando a manosearla y a besarla, todo tan violentamente que la incomodidad que sentía al principio se tornó aturdimiento. Se liberó de él y empezó a gritar.

—Puedes besarme —sollozó—, pero no de esa forma, por favor.

El joven se encogió de hombros, puso en marcha su máquina, la hizo rodar, saltó sobre ella y desapareció tras una serie de estallidos, dejándola sola, sentada sobre un poste miliar. Tuvo que volver a casa a pie. Otto, que la había visto marchar, le descargó un puño sobre el cuello, y luego la pateó habilidosamente, de forma que fue a caer, hiriéndose, contra la máquina de coser.

El invierno siguiente, la hermana de la dependienta la presentó a Frau Levandovsky, una mujer de edad y buenas proporciones, dotada de gentiles maneras, bien que afeadas por un cierto olor de boca y un antojo color púrpura grande como una mano, que le cubría la mejilla, cosa que, explicaba, se debía a que su madre se asustó por un incendio poco antes de dar a luz. Margot se trasladó a casa de la Levandovsky, instalándose en un pequeño cuarto destinado a la servidumbre. Sus padres se mostraron contentos de sacársela de encima, tanto más así, cuanto creían que cualquier trabajo quedaba santificado por el dinero que aportaba al hogar; y, afortunadamente, su hermano, que vivía tan sólo para hablar en términos amenazadores de los capitalistas que compraban a las hijas de los pobres, se hallaba fuera por una temporada, trabajando en Breslau.

Primero, Margot posó en el aula de una escuela de muchachas; más tarde, en un estudio de verdad, donde la dibujaban no tan sólo mujeres, sino hombres también, la mayoría de ellos muy jóvenes. Se sentaba sobre una pequeña estera, con su suave pelo lindamente cortado, completamente desnuda, sentada sobre sus pies, apoyada sobre su brazo hendido por venas azules, con su esbelta espalda (que desprendía un vivo resplandor entre los bonitos hombros, uno de los cuales estaba levantado hacia su brillante mejilla) inclinada hacia delante en actitud de ávido aburrimiento. Miraba de soslayo a los estudiantes alzar y bajar los ojos, y escuchaba el leve rasgueo de los lápices carbón, que rechinaban al ensombrecer esta o aquella curva.

Impulsada por su hastío indecible, eligió al hombre más guapo para lanzarle una líquida mirada oscura, cuando quiera que él, separados los labios, alzaba el rostro, frunciendo el entrecejo al comparar los objetos de su trabajo. Nunca consiguió alterar su tono de atención, y esto la vejaba. Antes, al imaginarse a sí misma posando en aquella forma, había imaginado que sería algo muy apasionante. Pero todo lo que ocurría era que se ponía rígida. Para divertirse, se maquilló la cara antes de posar, pintó su seca boca ardiente, ensombreció sus párpados, aunque en rigor estaban ya bastante ensombrecidos, e incluso, en una ocasión, se dio un toquecito en los pezones con su lápiz de labios. A causa de ello recibió una buena reprimenda de la Levandovsky.

De esta forma transcurrían los días, y Margot no albergaba más que una vaga idea de lo que deseaba hacer, aunque perdurase siempre aquella visión de sí misma como belleza de la pantalla, cubierta de exuberantes pieles y aguardaba a la puerta por un lujoso automóvil con un portero bajo un paraguas gigantesco. Estaba aún preguntándose cómo saltar a aquel mundo de brillo y diamantes directamente, desde la desvaída alfombra del estudio, cuando Frau Levandovsky le habló por primera vez de un joven de provincias, enfermo de amor.

—No puede estar usted sin novio —declaró complacientemente la dama mientras bebía su café—. Es usted una muchacha demasiado vital para no necesitar un compañero, y este modesto joven está deseoso de hallar un alma pura en esta ciudad de maldades.

Margot retenía en un regazo al grueso perro *basset* de la Levandovsky. Alzó las suaves y sedosas orejas del animal a fin de hacer que se encontraran por encima de la dulce cabecita (las orejas, en su interior, semejaban papel secante de color rosa oscuro, muy usado), y contestó sin levantar la mirada:

—¡Oh!, aún no hay necesidad de eso. Tengo dieciséis años, ¿sabe usted? Y ¿para qué me va a servir? ¿Conduce eso a algún sitio? Conozco a esos tipos.

—Es usted tonta —dijo Frau Levandovsky apaciblemente—. No le estoy hablando de ningún bribón, sino de un caballero generoso que la vio a usted en la calle y desde entonces ha estado soñando con usted.

—Algún viejo achacoso, me imagino —dijo Margot besando al animal.

—Tonta —repitió Frau Levandovsky—. Tiene treinta años, va rasurado, es distinguido, lleva una corbata de seda y fuma en boquilla de oro.

—Vamos, vamos a dar un paseo —dijo Margot al perro.

Y el *basset* saltó de su regazo al suelo, con un «plop», y se fue zanqueando a lo largo del pasillo.

Pero el hombre a quien se refiriera la Levandovsky era cualquier cosa menos un tímido joven de provincias. Había entrado en contacto con la dama a través de dos afables viajantes de comercio con quienes había jugado al póquer, en el tren de enlace marítimo durante todo el trayecto desde Bremen a Berlín. En principio, nada se dijo en cuanto a precios: la procuradora se había limitado a enseñarle una fotografía de una muchacha sonriente, de ojos iluminados por el sol y un motivo canino en sus brazos, y Miller (pues tal era el nombre que dio,) limitóse a asentir con un movimiento de cabeza. El día que habían fijado para la cita, la Levandovsky

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

